

Antecedentes del Manifiesto del 2 de julio de 1940

UN ARTÍCULO DEL PERIODISTA DIEGO ARENAS
GUZMÁN

Pocos días antes del memorable 7 de julio, el señor General Almazán, a la sazón candidato del noventa y nueve por ciento de los ciudadanos libres de México, me pasó atento recado, rogándome que a determinada hora pasara a su casa.

Encontré allí a los principales directores del PRUN, y de otras agrupaciones almazanistas.

En presencia de ellos y de mí, el General Almazán dio lectura a un proyecto de declaraciones destinadas a precisar sus puntos de vista respecto al acto electoral que estaba cercano y la línea de conducta que él seguiría después de los comicios.

Tales declaraciones, con enmiendas propuestas por varios de los oyentes, fueron publicadas en tiempo oportuno.

Los lectores de *El Hombre Libre* las conocieron, por haber aparecido en alguna de nuestras ediciones.

Pero una parte de ellas quedó inédita, por haberse estimado que su publicación infundiría desaliento entre los electores que, presas de entusiasmo sin igual en la historia de nuestras contiendas cívicas, se aprestaban a concurrir a las urnas.

En esa parte inédita, el señor General Almazán reiteraba su decisión de ponerse al frente del pueblo para hacer que su voto fuera respetado si el General Cárdenas no cumplía la

palabra que empeñó, pero declaraba rotundamente que si, por desgracia, el gobierno de los Estados Unidos del Norte decidía dar su apoyo al régimen que emanara de la imposición y del fraude electorales, él, el General Almazán, no arrastraría al pueblo mexicano a una lucha armada que, a la vista de la delicadeza del momento internacional en todo el mundo, podría comprometer la independencia y aun la integridad misma de la Patria.

A las objeciones y las protestas de los presentes, que llegaron hasta a calificar de “derrotista” el enunciado de tal declaración, el General Almazán repuso más o menos con estas palabras:

“Es que ya no he escrito esta parte de mi Manifiesto precisamente con el propósito de que se publique, sino para que ustedes conozcan a fondo mi pensamiento y sepan que lo declarado aquí es la expresión de una resolución irrevocable. No quiero dar lugar a que, si mañana o pasado, se me presenta la alternativa de retirarme de la lucha o contraer la responsabilidad de llevar al pueblo a un choque de fatales consecuencias con nuestros vecinos del Norte, vayan ustedes a decir, como dijeron de Vasconcelos muchos de sus partidarios, que abandono cobardemente a los míos. Yo estoy dispuesto, como hasta ahora, a exponer mi fortuna, mi tranquilidad, aun mi vida misma, para hacer respetar la voluntad del pueblo, pero nunca a comprometer la suerte de México por cuestiones de política interna en un conflicto internacional”.

Ahora el General Almazán, evidentemente electo para el cargo de Presidente Constitucional de México por el voto de la mayoría del pueblo mexicano, ha venido a renunciar ante el mismo pueblo aquel encargo, y la razón medular de su renuncia está contenida en estos párrafos de las declaraciones que acaba de entregar a los periódicos:

“Salí de nuestra Patria para trabajar libremente en la organización de mis partidarios y durante mi ausencia jamás puse

un pie en Washington ni traté de hablar con algún funcionario americano para solicitar el menor apoyo, porque jamás transijo con indignidades, y lo único que tenía que ofrecer lo había hecho en México en declaraciones y discursos dirigidos a mis compatriotas, cuando sostuve siempre mi vieja convicción de la indispensable cooperación entre los dos pueblos, basada en el mutuo respeto y en la más inflexible dignidad. Menos puede entonces, aquí o fuera de México, tener jamás al menos contacto con representantes de compañías petroleras, con políticos de cualquier país o con capitalistas de cualquier nacionalidad.

“De manera que yo esperaba la neutralidad del gobierno americano para nuestros asuntos interiores, fundado en el hecho de que mucho más valiosa será la cooperación de los pueblos latinoamericanos, si en éstos se respetan de una manera efectiva los principios democráticos.

“Ante la dolorosa realidad y como ha anunciado el Vicepresidente de los Estados Unidos, que durante su estancia aquí arreglará todos los asuntos pendientes entre ambos países, me he apresurado a regresar a México para pedir a mis partidarios un mayor sacrificio, consistente en la suspensión de toda actividad política, para que la responsabilidad íntegra por el resultado de dicho arreglo sea para los hombres que tienen el poder...”

Con el episodio que he narrado en este artículo, el pueblo de México podrá calificar si los actos de Almazán han sido coherentes e inspirados en un amplio y noble sentido de patriotismo, o equivalen a una claudicación bochornosa, como dicen algunos de los hombres que formaron parte del cuerpo directivo del PRUN.

Porque es el pueblo, que generosamente entró a la lucha cívica y cifró en Almazán lo más delicado y santo de su esperanza, el único e inexorable juez de la conducta de Almazán.

Ni la prensa venal y “valiente” que en vez de enfocar sus baterías contra Cárdenas, que engañó y burló al pueblo, o contra Ávila Camacho, que ha consentido en apoderarse de la Presidencia de la República merced a una manifiesta conculcación de la voluntad popular, se muestra sañuda y virulenta contra el hombre que hoy aparece como “tronco en montaña venido a tierra”.

Ni los políticos que tenían hecha ya su composición de lugar para repartirse los mejores empleos públicos al triunfo de Almazán; ni los partidarios desinteresados pero impresionables que, al palpar el fracaso momentáneo de sus ideales, sufren una reacción sentimental que los vuelve airados contra el guía a quien ayer exaltaban, ninguno de ellos está en capacidad de erguirse en juez justiciero del hombre en quien la Nación depositó su confianza.

Todos, amigos y enemigos, tienen derecho a exponer sus razones y a documentar al pueblo sobre la verdad del proceso electoral que ha culminado en crisis tan dolorosa para el destino de México.

Pero es el pueblo, sólo el pueblo, la gran voz de la calle, la gigantesca garganta de la opinión pública, de que ha de pronunciar su sentencia inapelable.

Y *El Hombre Libre*, que vive contento en su tonel de Diógenes, que nunca soñó en sinecuras ni favoritismos de este o aquel gobierno; que sólo aspira a servir a sus setenta mil lectores y al pueblo todo de su Patria, se esforzará hoy, como en todos los días de su función sobre el campo del periodismo, por auscultar el corazón de México.

La tarea, emprendida con limpieza de espíritu y generosidad en la acción, habrá de ser el necesario prolegómeno para la fijación de rutas que en futuro más o menos inmediato conviertan en victoria espléndida lo que ahora ha de parecer a los miopes y a los materialistas un fracaso definitivo.